

EN EL DÍA DE LA MADRE

nada nos ha parecido mejor, para sumarnos a su celebración, que relatar la historia de una de ellas. Una madre que vivió una existencia llena de angustias, con entereza y devoción sin límites, y cuyo nombre no nos diría nada si no fuera también el de un hombre famoso: su hijo.

Pero si la traemos a estas páginas no es porque se trata de un caso excepcional. La historia, la noticia de cada día, nos proporciona innumerables, conmovedores ejemplos, de lo que es capaz una madre cuando la felicidad de su hijo está en juego.

Esta es una de ellas. Una más en la maravillosa cadena de abnegación y ternura que une a las madres desde que el mundo existe y que, en medio de la tremenda confusión que nos rodea, es una razón sólida en la cual confiar y crear.

Su hijo la llamaba, simplemente, Adèle. Y la condesa sonreía al oírle. Aquel «Adèle» establecía entre ellos un lazo de tierna complicidad, de relación amistosa que la compensaba de la soledad y la indiferencia a que la condenaba el humor extravagante de su marido.

Los dos, la madre y el pequeño Henri, pasaban solos la mayor parte del tiempo en su castillo de Albi. El padre, en cambio, estaba casi siempre en París y su conducta era motivo de comentarios picantes. Un día, porque se había paseado por el Bois de Boulogne a caballo, vestido con uniforme de jefe Kirghiz; otro, porque apareció en la Ópera llevando un halcón en el puño. Pero Adèle, tímida, callada, sumisa, no tenía para él un solo reproche. La frágil salud de su único hijo era su mayor preocupación y lo rodeaba de toda la ternura de que era capaz.

Cuando el padre volvía a Albi miraba a Henri con un secreto sentimiento de humillación y también de culpa. En su familia se había mantenido siempre el principio de la pureza de la sangre. Era necesario mantenerla por encima de todo, no olvidar que contaba entre sus antecesores un par de Carlomagno, un cruzado que hizo

suya la ciudad de Jerusalén, dos esposos de hijas del rey de Francia. No mezclarla con otra sangre inferior o bastarda. Por eso el conde se había casado con Adèle, su prima hermana, y por eso, sin duda, la constitución de Henri era débil, indigna de un miembro de su estirpe.

El padre obligaba al niño a montar a caballo, a acompañarle en sus cacerías. Quería que fuese fuerte, a despecho de su salud mezquina. Que no le avergonzara con su constitución frágil, con aquel andar vacilante que le hacía llegar siempre el último de todos.

Sólo en esas ocasiones Adèle se atrevía a contradecir a su marido. Entonces su sumisión desaparecía y protegía al hijo con una entereza que tenía toda la fuerza de su amor por él.

Un día, el accidente absurdo, casi ridículo. Henri, a los catorce años, resbaló en el comedor de la casa y se fracturó la pierna izquierda. Tuvo que permanecer largos meses inmóvil, entreteniendo la espera con un lápiz y una caja de acuarelas. Pintar, dibujar, sobre todo, le gustaba mucho. Y su tema preferido, el rostro que tenía siempre cerca y en el que leía una infinita ternura: el de su madre.

Una vez curado, el muchacho y Adèle marchan a Eaux. Esperan que una breve estancia en aquel clima propicio

afianzará la salud de Henri. Pero la sarcástica fortuna, que parece complacerse en burlarse de ellos, los hace nuevamente sus víctimas. Mientras pasean a lo largo de un camino, Henri cae. Esta vez es la pierna derecha la que se fractura. Y esta vez, también, termina toda esperanza.

camino de parís

Son inútiles los esfuerzos de los mejores médicos de Francia. Es inútil el calvario que madre e hijo emprenden juntos en busca del milagro que haga de Henri un hombre normal. Los más famosos balnearios acogen a la madre silenciosa, al niño torturado. En ninguna parte encuentran aliento a su esperanza. Es necesario rendirse a la terrible realidad y aceptarla tal como es. Mientras la cabeza, los brazos, el tórax de Henri se desarrollan normalmente, sus piernas son las de un enano. Apenas si puede andar, con cortos pasitos ridículos y la ayuda de un bastón.

Adèle le acompaña, le sostiene, se esfuerza por acomodar su paso al de su hijo. Y, además, para compensarle de su desgracia, le ofrece cuanto está en su mano. Viajes, un castillo en Bordeaux rodeado de un gran bosque.

Allí, bajo la sombra de los árboles, hora tras hora, Henri pinta, dibuja. Está seguro de que ésta es su verdadera vocación. El único refugio donde

puede encontrar un poco de consuelo. Y quiere ir a París, a estudiar pintura.

Este es el único deseo de su hijo al que Adèle se resiste. ¿Quién le cuidará? ¿Quién le protegerá de las humillaciones? ¿Cómo se desenvolverá su pobre, su extraño Henri entre gentes que no le aman, que no le comprenden como ella lo hace?

Tampoco su padre está de acuerdo con el proyecto. Para su exacerbada vanidad es una vergüenza enseñar al mundo un hijo —«su» hijo— que apenas mide un metro y treinta y ocho centímetros y que camina dificultosamente, balanceando la cabeza de un lado a otro como un muñeco mecánico.

Es Adèle, por fin, quien decide. La ilusión, la vida de su hijo está en juego. Irá a París, pintará. Y ella misma le acompaña a la gran ciudad donde ha de encontrar su tremendo y glorioso destino.

monsieur henri

Una vez que hubo dejado instalado a su hijo en un pequeño estudio de Montmartre y pese al dolor que suponía para ella apartarse de Henri, opta por dejarle solo. Ya es un hombre. Necesita, para no sucumbir del todo a su desgracia, darse cuenta de que puede valerle por sí mismo.

En su casa de Albi recibe noticias que la alegran. Henri asiste a los cur-

EL INGLÉS DEL MOULIN ROUGE. 1892





LA PELICULA QUE POPULARIZO SU NOMBRE

sos regularmente, trabaja con ahínco, demuestra que tiene talento y que puede llegar a ser un notable pintor. Luego, durante el verano, disfruta otra vez de su compañía. Pero este plácido panorama cambia poco después. Adèle sabe que su hijo bebe; que gasta el dinero que su padre le envía de mala gana, en convidar a un grupo de amigos extravagantes que le rodea constantemente —boxeadores en decadencia, bailarinas de can-can, artistas de circo—; que su salud y su razón se debilitan de forma alarmante.

La familia se escandaliza. Es necesario, dice, obligar a Henri a abandonar la inícuca vida que lleva. Y la manera mejor para lograrlo es suprimirle los envíos de dinero. Sólo Adèle, la madre, está de su parte. Sabe que hacerle abandonar el ambiente donde encuentra inspiración para su trabajo, sería añadir una crueldad más a la larga serie de crueldades que lo han golpeado desde niño. Callada, sin un reproche, viene a instalarse junto a él en París. Aprende a recibir sin extrañeza a la corte de personajes absurdos que llaman a su hijo, respetuosamente, «Monsieur Henri». Se esfuerza por adaptarse a un mundo distinto, desconocido para ella. Todo lo hace por amor al hijo, al que mantiene por sus propios medios y cuida con abnegación conmovedora cada vez que el alcohol lo derriba como a un pelele. Ella lo comprende. Sabe que Henri trata de olvidar así su desgracia, la imposibilidad de encontrar una mujer que le quiera y le acompañe.

Y en una heroica multiplicidad de ternuras, es ayuda y consuelo, comprensión inagotable, solicitud constante.

Desgraciadamente, la vida de Henri

llega a su etapa definitiva y última. Los ataques de delirium tremens se suceden cada vez más intensos. Es necesario internarle en una clínica de desintoxicación de la que él, apenas repuesto, suplica que le saquen. Adèle lucha con todas sus fuerzas para convencerle de que allí está su única posibilidad de salvación. Mientras le pasea por el jardín de la clínica en un carrito de ruedas, como cuando era un niño, trata de llevar a su ánimo la serenidad suficiente para aceptar el encierro que le beneficia. Intento in-

útil. Henri redobla sus súplicas. Allí es incapaz de pintar, de tomar siquiera un lápiz. Fuera, en su casa, entre sus amigos, puede volver a crear, a sentirse vivir.

Adèle, como siempre que se trata de la felicidad de su hijo, cede. Poco después, un nuevo ataque acaba con la existencia del conde Henri de Toulouse Lautrec, hombre desdichado, dibujante genial. Su madre, le sumisa, la valiente Adèle, tuvo que sumar a todos sus dolores uno más, el peor de todos: el de sobrevivirle.

THE CHAP BOOK. 1896



LAS SUEGRAS TAMBIEN SON MAMAS

EN nuestro pasado número dedicamos varias de estas páginas de «La mujer, a las madres. Demás está decir que, al hablar de ellas, pensamos también en las madres políticas. Las suegras: cantera tradicional de bromas y chistes que, por fortuna, carecen cada vez más de fundamento. La clásica suegra malencarada, cominera, liosa, terror de yernos y nueras, está en camino de extinguirse.

Es de suponer que a la mayoría de ellas les haya ocurrido lo que a aquella señora, madre de dos hijos y de una hija casados, que era la admiración de la ciudad de provincias donde vivía porque sus hijos políticos se desahucian en alabanzas cada vez que la mencionaban.

¿Cuál era su secreto? Nos lo confió, muy divertida, cuando la hicimos partícipes de nuestro asombro.

—Muy sencillo—dijo—. Cuando mi primer hijo se casó, sentí esos instintivos celos que toda madre, supongo, ha de sentir en tales casos. En seguida comprendí que, si les daba alas, su vida y la mía iban a convertirse en un infierno. Así que reflexioné largamente sobre el asunto y luego escribí cinco «mandamientos» que me propuse cumplir siempre, para lo que pasara.

Y agregó, levantándose de su sillón y yendo hacia un mueble cercano:

—Creo que por aquí los tengo todavía...

De un cajón sacó una hoja amarillenta, que empezaba a romperse por los bordes. En ella estaba escrito:

En los asuntos del matrimonio
[no te inmiscuirás.
A tu nuera o yerno no criticarás.
Como a hijos propios los que-
rrás.
Visitas intempestivas no harás.
Sin que te lo pidan, no aconsejarás.]

Esse era su simple, su importante secreto. La razón de que en este día, en que festejamos a todas las madres, reciba tantos regalos de sus hijos políticos como de los suyos propios.

A usted, mamá política, suegra querida y respetada, le deseamos lo mismo.